

## TEMA 9. El Padre, de quien desciende toda paternidad

### Oración para iniciar la reunión

SEÑORA SANTA MARÍA:

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
 como hija, esposa y madre,  
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
 Muéstranos tu protección de Madre  
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

### ESQUEMA:

1)	EL MISTERIO DE NUESTRA PATERNIDAD.....	1
2)	LA REVELACIÓN DE CRISTO: EL PADRE .....	2
	i. En la encarnación.....	2
	ii. En la resurrección .....	3
	iii. En la eternidad .....	3
3)	EL PADRE, ORIGEN ABSOLUTO.....	3
	i. De Cristo al Padre.....	3
	ii. El Hijo que consume al Padre.....	4
4)	PADRE QUE COMPARTE SU PODER CREADOR .....	4
5)	PADRE EN NUESTROS PADRES: EN LA DISTANCIA Y CON CORAZÓN DE MADRE .....	4
6)	LA FRATERNIDAD DE LOS HIJOS QUE CONSUMA AL PADRE .....	4
7)	PARA CONCLUIR .....	5
8)	CONCRETANDO.....	5
9)	Y ¿CÓMO PUEDO AMPLIAR? .....	5

\* \* \*

*Por eso doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento... (Efesios 3,14-17)*

### 1) El misterio de nuestra paternidad

Hemos sido engendrados. Aquí se fundamentan nuestras grandes convicciones. Alguien nos amó antes de que existiésemos y movido por este amor nos han concebido, dado a luz, criado y educado, en modo tal que hemos sido generados a una vida bella. Nuestro ombligo siempre nos hablará de este hecho fundamental en nuestra vida: procedemos de otros.

Pero no solo hemos sido engendrados. También hemos engendrado. Movidos nosotros de amor, también nosotros hemos concebido, dado a luz, criado y educado a nuestros hijos, y así les hemos generado a una vida bella. El cordón umbilical habla a

las madres de una vida que ellas han dado. Ahora la vida se dilata, se agranda, se embellece, se complica, se hace mucho más plena, y se llena.

¿De dónde viene esta posibilidad maravillosa de engendrar hijos, de recibirlos como un don, de generarles a la vida, de enlazar los destinos? Sí, cierto, la naturaleza nos ha dado esta posibilidad gracias a la sexualidad. El sexo siempre nos dirá de la posibilidad de una fecundidad nueva. Con todo, el don de los hijos nos hace volver los ojos del corazón al gran Donante: al Dios creador que ha dejado su impronta de fecundidad en el propio cuerpo del hombre y la mujer

Pero el Dios creador ¿es padre? En la modernidad no era el atributo divino más apreciado este de la paternidad. Dios sería más un arquitecto que un padre. Un arquitecto maravilloso, capaz de crear y establecer un orden en lo creado, tanto en el macro cosmos como en el micro cosmos. Asombra su precisión. Pero padre que engendre su vida, que comunique su plenitud, que participe su alegría... eso parecía como una limitación. No, Dios no sería padre. Basta que sea buen arquitecto y relojero.

## **2) La revelación de Cristo: el Padre**

En esta cultura nuestra en la que el padre está ausente, en la que su figura se ha difuminado, chocan las palabras y la vida de Jesús. Él nos habla siempre de su Padre, y sus palabras asombran, como asombraron a la misma Virgen María al reencontrar a su Hijo después de perderlo en el templo.

### **i. En la encarnación**

Sí, Jesús también tenía ombligo, porque fue engendrado bajo el corazón de su madre, y a través del cordón umbilical ella alimentó su vida inicial. Pero Jesús no tuvo padre humano, porque fue engendrado de una Virgen. Su concepción virginal nos habla de un origen del todo especial, único y misterioso, que nos irá desvelando a lo largo de su vida.

La novedad radical con la que se presenta Jesús es su especialísima relación con el Padre, el Dios de Israel. Esta relación comporta una donación y un conocimiento nuevos: "Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Mt 11,27). Y ello, hasta un punto que el mismo Jesús se hace lugar de conocimiento del Padre, que en su humanidad se manifiesta por entero: "Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9). En los rasgos humanos del rostro de Jesús descubrimos los rasgos del corazón del Padre; en su misericordia con los pecadores descubrimos la bondad del Padre. Todo lo que el hijo es en su humanidad manifiesta al Padre. Así el Padre se nos ha hecho cercano, accesible, atrayente.

El Padre lo es todo para Jesús, hasta el punto que Él no tiene otro alimento ni otro interés que "hacer la voluntad del Padre" (cf. Jn 4,34). Y ello nos lo muestra hasta el extremo: no se echa atrás ante lo que supone testimoniar su amor por el Padre en la pasión. Toda la pasión es el misterio de la relación entre el Padre y el Hijo, entre el Padre que ama y acompaña a su Hijo en la prueba definitiva, y el Hijo que ama al Padre y la vive toda ella de cara a su Padre. "Todo está cumplido" fueron sus últimas palabras (Jn 19,30): eso cumplido es lo que le pedía el Padre.

## ii. En la resurrección

Y es ahora, en la resurrección, donde se manifiesta el amor poderoso del Padre, que lo constituye “Hijo de Dios en poder” (Rm 1,4), poder de dar vida, porque ahora ha sido transformado en “espíritu vivificante” (1Cor 15, 45). La carne que recibió en el seno santo de la Virgen María, todo su ser humano, entra ahora en la plenitud de la divinidad. “Hoy te he engendrado” (Sal 2,7; He 13,33). El Padre lleva a perfección la filiación de su Hijo en la humanidad que recibió de la Virgen Santa.

El Resucitado podrá entonces decir: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18). Satanás, buscando tentarle, le había prometido el éxito fácil: “Le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras»” (Mt 4,8-9). El Hijo recibe, sí, autoridad universal; pero no mediante la adoración blasfema, sino mediante la obediencia humilde. Resucitándolo de entre los muertos, el Padre le ha dado una humanidad henchida del Espíritu, capaz de comunicar vida eterna, esto es, capaz de comunicar su filiación a los hombres y hacerlos hijos en el Hijo.

## iii. En la eternidad

Y desde el don pleno que recibe en su humanidad, podemos comprender las palabras que nos dijo: “Ahora, Padre, glorifícame junto a ti, con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiese” (Jn 17,5). En la densa oración que Jesús pronunció antes de la Pasión, habla de esa “gloria” eterna del Hijo. Una “gloria”, un ser radiante y esplendoroso, que tiene “junto al Padre”. Esa gloria que es participación de la eterna alegría del Padre, el Hijo la recibe eternamente de él. Por ello puede decirle: “Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío” (Jn 17,10). Más aún: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30). El Padre no se reserva nada para sí: todo se lo da al Hijo.

Y se lo ha dado ya desde la eternidad. Porque quien nace de María Virgen, quien se entrega a la pasión y quien es resucitado, es el Hijo eterno del Padre.

En la eternidad el Hijo tuvo su origen.

## 3) El Padre, origen absoluto

### i. De Cristo al Padre

Desde la vida de Jesús, el Hijo de Dios, hemos podido ascender al misterio del Padre. Decir que Dios es Padre significa decir que es eterna apertura: no es un Dios solitario que se encierra en sí mismo, sino un Padre generoso que genera al Hijo y al Espíritu en la eternidad, y que con ellos crea a los hombres en el tiempo, para compartir su vida. Es la pura generosidad que desea darse.

La Iglesia ha ido reflexionando estas realidades y ha llegado a expresar lo que en el encuentro con Cristo ha recibido en una fórmula dogmática: “Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra”: el Credo comienza proclamando al Padre como el origen de toda realidad, “visible e invisible”. Más aún: es el origen del Hijo y del Espíritu, que coexisten procediendo de él desde toda la eternidad. Todo procede del Padre: desde las asombrosas realidades cósmicas

hasta el insondable corazón humano, todo encuentra en él su explicación última. “Origen no originado”, lo llamaban los Padres de la Iglesia.

## ii. El Hijo que consume al Padre

Pero nunca fue un padre solitario. Más aún, su engendrar al Hijo lleva a plenitud su ser Padre.

Todo hijo lleva a plenitud a sus padres. En la nueva relación que se establece, en el hacerse cargo del destino del hijo y acompañarle en su camino, los padres reciben una plenitud nueva de su ser.

También ocurre así en el Hijo eterno de Dios. Un padre de la Iglesia, Hilario de Poitiers (s. IV) lo expresaba con audacia: *Patrem consummat Filius*, “el Hijo consume al Padre”. ¿Acaso el Padre eterno, origen de todo, puede recibir una perfección ulterior, ser “consumado”? Sí, dice este Padre de la Iglesia. El Hijo da al Padre la plenitud. Así comprendemos que Padre e Hijo son igualmente eternos: el Padre no ha recibido esa plenitud en un momento determinado, sino que la posee desde siempre, y en el tiempo la comunica.

### 4) Padre que comparte su poder creador

“Todo fue creado por medio de él”, del Logos-Hijo (Jn 1,3). El Padre no crea solo, sino por medio de su Hijo y en el Espíritu. Disfruta compartiendo todo con su Hijo, y éste disfruta recibiendo todo de su Padre y cooperando con él en la creación del hombre. Así es todo padre, que se convierte en maestro de sus hijos y al hacerlo comparte con ellos todo lo que tiene y lo que es.

Y el Padre ha puesto en su creación su poder de fecundar, de engendrar vida. De él procede toda paternidad, como afirma san Pablo. La paternidad biológica y la paternidad espiritual, la paternidad adoptiva, la de los abuelos... Son paternidades reales, pero en su raíz son participación de la única Paternidad, con mayúscula; ya decía Jesús: “No llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23,9).

### 5) Padre en nuestros padres: en la distancia y con corazón de madre

El Padre recapitula toda paternidad y maternidad humanas. Se revela en su paternidad que atrae al hijo, que lo invita a caminar respetando a la vez su libertad, que no lo atosiga sino que, cercano en la distancia, lo aguarda con paciencia (recordemos al padre del hijo pródigo: Lc 15,20). Pero la Escritura nos lo presenta también con entrañas maternas, que se conmueven por el hijo y lo llevan grabado en el fondo de su ser. El Padre conjuga la radicalidad del amor fiel (en hebreo *hésed*, “fidelidad misericordiosa”) con la ternura del amor entrañable (*rahamim*, “entrañas maternas”), y así manifiesta la unidad profunda del amor paterno/materno que la *una caro* –“una sola carne”– de los esposos está llamada a reflejar.

### 6) La fraternidad de los hijos que consume al Padre

Pero si el Padre no está solo, tampoco su Hijo está llamado a permanecer solitario. Todo lo contrario: el Padre ha querido “que él fuera el primogénito entre

muchos hermanos” (Rm 8,29). Por el bautismo nos unimos a Cristo en su cuerpo glorioso; y así, el Hijo –con todos nosotros, sus hermanos– “consume al Padre”. Aquel que se ha asemejado en todo a sus hermanos (Hb 2,17) ha venido a crear fraternidad: “Todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8). De forma semejante a como los padres sólo se sienten plenamente llenos cuando entre sus hijos reina la concordia, el Padre alcanza su “plenitud plena” cuando entre sus hijos reina la comunión fraterna.

Esto será el cielo, cuando “Dios lo sea todo en todos” y así llegue a plenitud el plan del Padre.

Porque para esto nos ha engendrado: para la comunión plena. La comunión consigo, la comunión con los hermanos. Y la comunión con Él es posible solo en la comunión con los hermanos. Desde que Cristo nos ha incorporado a Él en el bautismo, ya no es posible la comunión con el Hijo si no es en la comunión con la Iglesia. Y desde que Cristo ha unido en matrimonio, ya no es posible la comunión con la Iglesia si no es en la comunión con el propio cónyuge.

Y desde la comunión, construir una vida grande y plena. Para esta vida nos engendra.

### **7) Para concluir**

Dios no solo es un magnífico arquitecto. Es también, y sobre todo, Padre: porque genera vida, genera novedad, abre a nueva plenitud. Más aún, sólo él es Padre. Por ello nuestra paternidad/maternidad es imagen de la suya, y se alimenta de la constante relación con él. Viviendo como hijos es como podemos ser de verdad padres; así podemos hacer presente en nuestro mundo, un mundo con “crisis de paternidad”, a ese Padre que lo es desde siempre y que nos llama a participar de su misma vida.

### **8) Concretando**

1. ¿Cuál es la diferencia entre la imagen de Dios como arquitecto y la de padre?
2. ¿Por qué los padres y madres pueden conocer mejor a Dios?
3. ¿En dónde está la diferencia de la paternidad del Padre con Jesús y con nosotros? ¿Qué significa “entregar todo al hijo”?
4. ¿En qué manera los hijos llevan a plenitud a los padres? ¿Y el Hijo eterno a su Padre?
5. ¿En qué enriquece la propia paternidad entender que participa de la paternidad de Dios?

### **9) Y ¿cómo puedo ampliar?**

- Ratzinger, J./Benedicto XVI, *La infancia de Jesús* (Madrid: Planeta, 2012) pp. 9-20: “¿De dónde eres tú?”.
- Benedicto XVI, *Yo creo en Dios: el Padre todopoderoso* (Audiencia general 30 enero 2013):  
[http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/audiences/2013/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20130130\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/audiences/2013/documents/hf_ben-xvi_aud_20130130_sp.html)